

Misael Moya  
Méndez (comp.)

*Homenaje a Galindo:  
semblanzas múltiples,  
apreciaciones, juicios,  
testimonios, mensajes...  
en fin, aproximaciones*

**I. Un hombre que no ha perdido la esperanza**

por Sheila Galindo Delgado

(hija del poeta)

Érase una vez un hombre que nunca perdió la esperanza. Creció junto al pequeño jardín de la calle Faife, apenas sin juegos jubilosos. Sus recuerdos del mar y del puerto olvidado por el tiempo, también guardan las tristezas de una infancia entre parientes y las tribulaciones de una muchacha que al atardecer tomaba por asalto la sillería de hierro del legendario parque de la Villa Blanca, para discutir enardecida sobre poesía surrealista y filosofía burguesa. Corrían los tiempos del periódico *La Idea* y del aluvión de piedras contra quienes hacían causa con los comunistas.

Después, mucho después vinieron los compromisos iniciales del proceso. A las veintiocho noches del nacimiento de su segunda hija nos trajo todo el amor acumulado en su trinchera de soldado en los difíciles días de Playa Girón. Luego vino la consagración, la enardecidora tarea de formar los primeros maestros primarios de la Revolución. Su encuentro con Topes de Collantes, en la serranía del Escambray, resultó la experiencia más sublime de su carrera como maestro voluntario y la fuente inagotable de la inspiración poética. Para siempre anduvo el amor de esposo y de padre compartido con esos otros amores no menos importantes.

Han pasado años de entrega en su retiro en provincia, y ese hombre no puede contemplar la altivez de los geranios ni caminar las calles en diciembre, pero sus ágiles dedos construyen versos en el aire mientras la ciudad duerme. Desde el recuerdo de ese mismo mar profundo junto al puerto, disfruté la infancia en un jardín de azules mariposas que salían de sus manos. Sus palabras han sido paradigmas y su ejemplo como ser humano, mi aliento. En las horas en que nos atrevemos a inventar nuestra utopía frente a los terribles descabros del milenio, quiero expresar públicamente mi agradecimiento a quien sembrara en mí la inquietud, a quien escribe poesía como un desafío ante la vida, y nos ofrece sus rosas blancas para el Apocalipsis como un intento de recuperar para siempre la esperanza.

## II. Cierta primera clase del profesor Galindo

*por* Arístides Vega Chapú

*(poeta)*

Al Instituto de Segunda Enseñanza, es decir, al pre de la calle — que al igual todos tenía sus siglas, pero solíamos llamarlo «el pre Osvaldo»—, yo había llegado desde la Vocacional. Lo primero y más difícil fue acostumbrarme a sus enormes aulas, oscuras e impregnadas de un intenso olor a humedad, a las paredes altísimas, a los cientos de viejos pupitres y pizarrones de dudosa legibilidad, y sobre todo a sus profesores de edades respetables. (En mi anterior escuela los profesores procedían por entero de los contingentes pedagógicos, de modo que eran tan jóvenes como nosotros, sus alumnos.)

Después de una primera clase, de Física —asignatura que entonces y aún ahora se me antoja poco o nada útil, razón por la que dedicaba sus turnos a mi gran pasión de entonces, el dibujo—, y abriéndose paso entre el estruendo característico de las conversaciones de los jóvenes, llegó hasta el pizarrón una persona «mayor», de espejuelos, que llenó toda la mesa de papeles y libros y colocó en una de sus esquinas el tabaco apagado que traía en una mano.

Se nos presentó como «el profe» de Literatura, pero no puedo decir que haya despertado en la mayoría interés alguno por prestarle atención. Entonces, muy pocos hallaban utilidad en la poe-

sía —tal y como me sucedía a mí con las ciencias—, y preferían ignorar la presencia de un ser de quien no esperaban aprender nada que les sirviera para algo. Eran las veces en que se simulaba continuar el receso y se conversaba de lo que a esa edad se suele conversar: de las hermosas y de las horribles muchahas, del béisbol y de la «descarguita» del fin de semana próximo.

Sin exigir orden alguno ni solicitar silencio, como todos los demás, las palabras del profe de Literatura comenzaron a gravitar por encima de nuestras conversaciones, las que se fueron poco a poco sofocando. Definitivamente también se fueron desvaneciendo la oscuridad y hasta el olor a humedad, y aquellas palabras fueron en ascenso hasta lo más alto del techo y se adueñaron del local y de todos nosotros: desde ese mágico lugar elevado desde el que parecía descender su discurso, escuchábamos la aventura poética de su amigo César Vallejo.

Las muchachas —las hermosas y las feas— dejaron, sin pudor alguno, correr sus lágrimas, y los varones —los que creíamos en la poesía y los que no— sentimos que nuestros pechos se empequeñecían ante unos corazones que se dilataban de la misma manera en que sucedía cuando nos enamorábamos.

Y así, en medio de un aula vacía dominada por las manos del silencio, escuchamos al profe Carlos Galindo hasta que, tras haber descendido hasta el pizarrón y recuperado su tabaco apagado, cargaba nuevamente sus libros y nos deseaba un buen día, ya al final de su primera clase.

### **III. Poeta del aula**

*por* Elena Palmero González

*(profesora universitaria e investigadora literaria)*

Dos veces en mi vida tuve el privilegio de ser alumna de un poeta, en 1977 de Carlos Galindo, en 1995 de Carlos Bousoño. Digo privilegio porque un poeta vive una relación especial con la palabra, y cuando además enseña literatura, resulta entonces doblemente creador.

A Galindo especialmente debo la formación de un gusto literario cuando allá por mis diecisiete años descubrí a Baudelaire de su mano en las aulas del preuniversitario Osvaldo Herrera. También a él debo una vocación: profesor de literatura.

En una época en que se debatía una enseñanza de la literatura reflejística y contenidista, con una enseñanza tecnológica y ortodoxamente estructuralista, Galindo vivía ajeno a los vendavales de la moda, y en su clase sólo leía. Incansablemente, su voz lenta y asmática reescribía leyendo. Por una hora podía leer a Mallarmé, y el encanto de todos era escuchar su voz única «redecir» al poeta francés, porque él leía productivamente, ponía imagen a la imagen, voz a la voz, palabra a la palabra. Su tarea de mediador lo hacía grande en la modestia de la lectura. En aquel acto nos reencontrábamos todos en el innombrable espacio del palimpsesto, en la epifanía de la imagen, en el silencio de la reescritura. Adorábamos de él el silencio, el gesto, su renuncia a las verdades y su absoluta creencia en la escritura.

Nunca tuve mejor clase de teoría literaria que cuando simplemente explicaba cómo leer *La caída de la casa Usher*; jamás hubo mejor sociología de la literatura que cuando nos invitaba a hablar por voz de Gregorio Samza; nunca conseguí entender mejor la pedagogía que mirándolo hacer. Teórico, historiador, pedagogo..., y con certeza nada de eso se proponía, solo que su don de poeta y de hombre le permitían definir la metáfora y la vida apenas con leer *El cuervo*.

Él quizás no sepa cuán definitivo fue en muchos de los de mi generación, tal vez no sepa que sus lecturas nos acompañaron por muchos años, porque un buen maestro es siempre necesario, pero si es poeta, es imprescindible.

#### **IV. Hablo de poeta conocido**

por Ricardo Riverón Rojas

(escritor, director de Ediciones Capiro)

Casi todas mis condiscípulas estaban enamoradas de él. Nos daba envidia aquel cuarentón que, con su eterna pipa apagada, nos enseñaba a ver de un modo insospechado lo que la mano de Sholoyov había escondido —en el reverso del aire— tras sus historias de odios y amores cosacos por las agitadas riberas de *El Don apacible*. El hombre «guillermosecundario» de Vallejo también nos fue presentado por su mano, entrenada en «dar lustre al calzado de su pequeña». Y ahí paró la cosa. Los alumnos del

grupo 12-6 del preuniversitario «Osvaldo Herrera» durante el curso 1969-1970, no recibiríamos más la hechizante palabra de Galindo, que sólo había cubierto dos turnos de Natalia, nuestra profesora titular, ausente por enfermedad. Aunque lo efímero de su cátedra no fue una impedimenta para que, de paso, polemizáramos públicamente —él y yo, ¡qué herejía!— sobre la poesía de Nicanor Parra, mi mayor deslumbramiento de último segundo.

Pero la palabra de Galindo acechaba en casi todas las esquinas de nuestra común Santa Clara para acompañarme y sermonearme casi paternalmente, por el resto de mi vida. En la biblioteca provincial tuve noticias de *Ser en el tiempo* y *Hablo de tierra conocida*, libros que me gustaron y desconcertaron a la vez, y me hicieron consciente del inigualable privilegio de haber tenido de profesor —aunque fuera por dos lecciones— y de oponente —aunque fuera por inmadurez mía— a aquel hombre que sabía dotar al tropo de una respiración serena y extraña, común y conmovedora.

La brevísima y definitivamente intrascendente polémica sobre Nicanor Parra, unida a otros pronunciamientos míos, me reportaron trágicas consecuencias, pero no por culpa de Galindo, pues fui catalogado por algunos de mis discípulos y directivos del Pre, de «existencialista» (*¡Vade retro!*) y otros epítetos adyacentes, etiqueta poco deseable en aquellos años.

Pero la palabra y el juicio de Galindo, ya lo he dicho, seguirían vinculados a mi destino, ya para siempre marcado por la poesía. La mano de alguien que sabe lo que hace, que no la casualidad, puso al profe de jurado en muchos de los concursos donde obtuve premios entre los años 1975 y 1981, lo que propició nuestra primera reconciliación. El azar, en verdad concurrente, quiso que, aun sin graduarme de la universidad, llegara yo un día a ser el director de la editorial que más libros le ha publicado a Galindo, después de su definitivo reencuentro con la poesía, tras veintidós años de abandono.

Saquen la cuenta si no: en Ediciones Capiro le hemos publicado *Rosas blancas para el Apocalipsis* (del que fui, además, editor) *Últimos pasajeros en la nave de Dios* (con el que obtuvo el Premio de la Crítica de 1996) y *Aún nos queda la noche*, acabado de salir de las prensas. Sus cuatro libros restantes se los reparten Ediciones Belic, Letras Cubanas y Sed de Belleza Editores.

Claro que lo mejor de esta casi conflictiva y amable relación es que hemos vuelto a polemizar sobre diversos temas, nos hemos disgustado, distanciado y vuelto a acercar, porque siempre, por sobre todas las cosas, nos hemos seguido queriendo entrañablemente con ese cariño que nace del reconocimiento común, del saberse portadores y copadecientes de una misma obsesión: untar las cosas con la música del alma.

Han pasado más de treinta años, pero estos hechos que ahora evoco laten frescos en mi memoria. Durante todo ese tiempo, Galindo ha sido para mí un maestro también en el cultivo de los versos. A él quisiera parecerme en la naturalidad del discurso, en el torrente de las palabras que se cargan de connotaciones. Nada en el mundo importa si Carlos Galindo Lena sigue entregándonos esos poemas donde el ser humano es, cada día más, quien le da lustre al Universo. Por eso este último ruego donde aspiro a expresarle todo mi reconocimiento: nunca pare de escribir, querido profesor, porque es una verdad sabida que a usted —concordemos con Nicanor Parra, aunque sea en un solo aspecto— «en poesía se le permite todo, a condición expresa, por cierto, de superar la página en blanco».

(Santa Clara, 4 de diciembre de 2001)

## **V. Ser en el tiempo con Carlos Galindo**

*por* Jesús David Curbelo

*(poeta y narrador)*

Conocí a Carlos Galindo alrededor del año 1986. En aquella época yo estudiaba tercer año de Letras en la Universidad y Carmen Sotolongo, profesora de Poesía Cubana, llevó a la casa del poeta a un grupo de estudiantes interesados en nuestra lírica. Me fascinó desde el principio su conversación y su idea de la poesía como sacerdocio. Luego me fascinaron sus versos, a los que accedí, primero, en la antología hecha por Luis Suardíaz y David Chericían con los autores de la llamada generación del 50, y luego, en los propios libros de Galindo: *Ser en el tiempo* y *Hablo de tierra conocida*.

Enseguida surgió la idea de investigar la obra de un autor tan interesante y tan injustamente preterido en antologías y trata-

dos al uso (muchas veces parece que tales antologías y tratados se ocupan, exactamente, de ignorar a los autores más representativos). Galindo nos permitió (a mi amiga Mirladys y a mí, que éramos coautores del estudio) llegar hasta sus originales, hasta los textos que luego conformarían el libro *Mortal como una paloma en pleno vuelo* y ciertas zonas de *Rosas blancas para el Apocalipsis*. Con dicho material realizamos un trabajo de curso para la asignatura de Carmen y, finalmente, nuestro trabajo de diploma, en el que incluimos, además, la poesía de Francisco de Oraá.

A mi juicio, es la de Carlos Galindo una de las voces más altas de esa promoción, sobre todo porque supo esquivar con pericia poética los altibajos líricos a que arrastra una idea inexacta de lo que significa, en literatura, compromiso político. Quizá los mejores textos cubanos acerca de los sucesos de Playa Girón sean los de este autor, y están muy alejados de la crónica patrioterica y triunfalista que tanto mal le hizo a nuestra poesía en las décadas del sesenta y el setenta (de la que todavía se escuchaban los ecos a mediados de los ochenta). Galindo toca con acierto (entiéndase como tal el equilibrio entre pensamiento poético y oficio literario o, para ser más claro, entre filosofía, música y sintaxis) los temas eternos del hombre (el ser, el tiempo, la existencia de Dios, la guerra, el amor, la muerte...), y lo hace adaptando el espíritu contemporáneo a una expresión sosegada y a la vez cuestionadora, que ofrece preguntas y jamás respuestas preconcebidas sobre la existencia y la angustia.

Para mí como poeta, representó una experiencia inusitada: Carlos Galindo me enseñó a leer poesía (aparte de otros buenos amigos y maestros que siempre he tenido y tendré: Carmen, Toledo, Juan Ramón) partiendo de la emoción y no del intelecto, partiendo del compromiso con la literatura, con mi verdad como individuo. Y esa enseñanza fue, sobre todas las cosas, prédica; no recuerdo que Galindo jamás pontificara en mi presencia acerca de la literatura. Gracias a él intimé con Ungaretti, Quasimodo, Rilke, Milozsc, Dylan Thomas, Eliseo y con muchos otros que ahora no viene al caso citar. En fin, que agradezco muchísimo haber compartido con él estos casi diecisiete años y me gustaría permanecer en *su* tiempo mientras él tenga la amabilidad de tolerarme.

(Camagüey, diciembre de 2001)

## **VI. La nave del poeta**

*por Pablo René Estévez*

*(narrador y profesor universitario)*

Oí hablar de Galindo por primera vez hace ya muchos años. Cuando eso, yo desandaba Santa Clara con unos pantalones rotos, y él era profesor de Literatura del Instituto de Segunda Enseñanza. Desde entonces me llegó su fama de buen profesor que escribía «poemas». Luego tuve la dicha de convivir con él en Estrada Palma, a una centena de metros, y por las tardes podía ver al poeta, sin camisas, en la puerta de su casa, mientras yo jugaba a los trompos por la calle. (En esa época, Sheila, su adorada hija, era una niña.)

Mas, no sería hasta mucho después cuando, para decirlo de alguna manera, nuestros destinos se cruzaron. Ya entonces Galindo era el flamante presidente de la Asociación de Escritores de Villa Clara, y yo le solicitaba, por carta, mi ingreso a la UNEAC. Por cierto, no ingresé esa vez a la asociación. Pero a partir de ahí se inició entre los dos una atracción «subterránea», que hoy pudiera describir como admiración súbita por el viejo profesor de Literatura que escribía poemas.

Fue Sheila, sin embargo, quien me abriría definitivamente las puertas del poeta. A la sazón, Sheila era mi compañera en el claustro del Departamento de Filosofía de la Universidad Central de Las Villas, y compartía con Galindo un pequeño apartamento en el quinto piso de un edificio cercano a la Circunvalación.

Mi arrobamiento fue casi total cierta tarde de abril, cuando al fin decidí visitarlo. Yamil —el poeta— me había anunciado su delicado estado de salud y tuve la inusitada premonición de que había ido a despedirme. En una corta, pero azarosa estancia en el Hospital Provincial, Galindo había perdido una pierna y aún no se había adaptado a su condición de minusválido. Constantemente requería los amorosos cuidados de su fiel esposa o de Sheila. Lo vi esta vez sumamente exaltado y, por momentos, casi irritado cuando me contaba ciertas contrariedades de su viaje a República Dominicana. No obstante, cuando hablaba de sus libros un brillo nuevo renacía en sus ojos, y yo lo veía remontarse en la nave de sus versos hacia un cielo donde se transmutaba la lógica del tiempo.

Desde entonces han pasado varios años. Merecidamente, Galindo recibió una casa nueva y yo partí hacia Brasil como profesor visitante de la Universidad Federal de Río Grande. Reiteradamente, en mis esporádicos retornos a Santa Clara, he sentido de cerca el inexorable espanto de la muerte: primero la muerte de Cárdenas, el vecino más próximo; después la muerte de mi más querida tía y de Comino; y finalmente, la muerte de una cuñada y de mi suegro.

«¿Y cómo anda Galindo?», pregunté a Misael —el editor— tras mi último arribo, atrapado en mi propio espanto. «Galindo anda», me dijo, con cierto dejo de felicidad. Y suspiré hondo. «Quisiera verlo», agregué, «tal vez pueda publicar sus poemas en la Colección Islazul que coordino en la Universidad Católica de Pelotas». «Eso sería muy bueno», me dijo.

Luego, inusitadamente, adelanté mi retorno y no pude verlo. Y más tarde, volando sobre las aguas del Mar Caribe, vi de nuevo a Galindo, incólume sobre el tiempo. Un tiempo infinito donde el poeta, como pasajero privilegiado, gira eternamente en su cielo, en una especie de pacto con Dios. A partir de ese día, no pregunto por él: sé que está siempre en la nave de sus versos...

(Río Grande do Sul, 5 de noviembre de 2001)

## **VII. Mensaje a Carlos Galindo Lena, en adhesión por lo que del Tiempo quede**

*por Francisco de Oraá*

*(poeta)*

Estos días heridos por la locura del hombre no me dejan más ánimo que para la entrañable adhesión al tardío homenaje que tu poesía y tú han merecido durante tanto tiempo. Hacer no puedo más ahora, ni creo deber probarte mi alegría de hermano. Juntos entramos a la poesía, casi también a la vida, y a ambas les queda hoy apenas —con nosotros y quizás con el hombre— una precaria oportunidad. Fue la pasión por la poesía lo que creó y cementó nuestro andar juntos en el tiempo, y la Poesía es lo único que en esta noche de los dioses el hombre tiene para serlo, porque ella es el ser del mundo y su sustancia, la

piedad. Has escrito tu ser, lo que es dar forma a un destino: por sobre tus contradicciones has sacado a palabras tu esencia, la piedad. Y a pesar de tu rezago en el secreto provinciano, hasta ahora olvidado por los premios, las huecas máscaras, las vanas concesiones, y más aún por ello mismo, has resguardado tu poesía en su pureza, quiero decir en calidad sincera, en perdurable fortaleza: sigues siendo tú mismo. Quedas en tu palabra. Tiempo, ¿nos quedará? El Tiempo, ¿quedará? Oremos, pues, para que la Poesía permanezca.

(Ciudad de La Habana, 10 de octubre de 2001)